

Aproximaciones psicoanalíticas a la violencia a propósito de la Père-versión

Natatxa Carreras

Lacan a la altura del Seminario 17 señala que “la muerte del padre es todo aquello de lo que se ocupa el psicoanálisis”, siendo el padre simbólico el padre muerto, en este sentido castrado desde su origen. Dentro de esta lógica el padre Real es un imposible, que imaginizado es el padre privador y en su extimidad, lo que se escapa a la incidencia del significante. El padre Real articulado a la dimensión simbólica, siendo precisos al significante, da cuenta de la diferencia, de la ausencia de la relación sexual.

Posteriormente en las conferencias impartidas en Estados Unidos (1975) el padre es una función que se refiere a lo Real mítico, tan importante como al decir verdadero, lo verdadero de lo Real, mostrándonos que el mito Edípico -así como lo había expuesto en el seminario 17 sobre el padre Real- tiene una articulación de Real imaginizada. A este nivel de su obra, el sentido da lugar a lo Real en el embrollo de lo verdadero. “Es muy inquietante que haya un Real que sea mítico, y es precisamente por eso que Freud mantuvo tan fuertemente en su doctrina la función del padre”. (Conferencias y charlas en universidades norteamericanas, 1975 pág. 47).

Si enlazamos las versiones del padre Real, Simbólica e Imaginaria, a tres mitos, El del Complejo de Edipo, el de Tótem y Tabú y el de Moisés, podremos pensar las diferentes articulaciones entre el goce, la ley, el deseo, el odio y el amor.

El mito del Complejo de Edipo, núcleo de las neurosis, es el resultado para Freud de los reclamos de sus analizantes histéricas, donde descubre la dimensión del padre que dicta la ley en su articulación con el deseo, restringiendo el goce, es decir, ley que autoriza un goce como imposible. Si el padre está muerto desde su origen, el goce es

signo de lo imposible, por lo que la prohibición al incesto y el parricidio son dimensiones también imposibles. La cuestión podemos pensarla con la diferencia establecida por Freud de la prehistoria del complejo de Edipo y la historia del complejo de Edipo, así con lo señalado por Lacan en el seminario 11 en torno a la identificación primaria caníbal, pre subjetiva, en donde no hay aun un sujeto.

Si el padre está muerto como núcleo de la neurosis, su condición imaginaria es la prohibición al incesto y el parricidio como idea neurótica, dimensión neurótica del acceso al goce. Cuando en la clínica el neurótico quiere matar al padre es porque sigue sujetado al deseo materno, al fantasma materno, cuestión que nos remite a una dimensión imaginaria, ya que si el padre está muerto desde el origen, no se puede cometer parricidio. En este mismo sentido tampoco incesto, al no haber relación sujeto-madre, sino narcisismo primario, que como Freud establece en "Introducción al narcisismo" las pulsiones autoeróticas primordiales, dependen de una nueva acción psíquica para que el narcisismo se cree. Así Lacan a la altura del seminario 16, hablará del narcisismo en tanto el plus de gozar como formador del núcleo del yo, relación entre la imagen especular $i(a)$ y el objeto a , siendo el objeto a efecto de lo que pasa en el campo del Otro "el Otro en forma de a " agujera la imagen yoica. Es así que Lacan sustituye el concepto de prohibición al incesto por el de interdicción como condición Simbólica, de la castración (resultando un goce interdicto, entre-dichos, no todo).

Freud en su texto "Tótem y Tabú", nos muestra otra dimensión del padre, un padre imaginariamente privativo, padre tiránico que excluía a los varones de las mujeres al poseerlas todas; los hijos varones deciden matarlo y comerlo, comiendo cada uno una parte del padre. El mito del Tótem al revés del mito de Edipo -que muestra una ley que determina un goce como imposible- expone un padre como el dueño de todos los goces, siendo a partir de ahí que se instrumenta una ley con su asesinato, dando la posibilidad de que el hombre pueda acceder a una mujer. La cuestión es que el padre

muerto es signo de lo imposible y como Lacan señala en *L'Étourdit* "...cómo puede servirle mejor el hombre a la mujer de la que quiere gozar, si no es devolviéndole ese goce suyo que no la hace toda suya: por en ella resucitarlo" (pág 11). Cuestión que se articula con el deseo propio, que en Lacan al final de su obra da pie para sostener que el gran Otro no existe, pero por otro lado todo el tiempo habla de la existencia del gran Otro, en ese sentido, Otro de la ex-sistencia que opera por fuera de una dimensión puramente Simbólica.

Justo en este punto es en donde me interesa resaltar la cuestión de la articulación del psicoanálisis con la violencia social a propósito de lo éxtimo (lo más interior sin dejar de ser exterior). Haciendo en principio un brevísimo recorrido en Freud a propósito de esto.

Freud desde su manuscrito "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), evidencia lo éxtimo a partir de los pares pulsionales activo-pasivo. La oposición primaria sadismo-masoquismo y su articulación posterior, amor odio, puede ser pensado desde el objeto "a", lo éxtimo pulsional y lo éxtimo en relación al Otro primordial. Freud en el tomo XIX (1923-1925), en "Las dos clases de la pulsión" expondrá que la pulsión de muerte puede verse reflejada en el sadismo y en la pulsión de destrucción "dirigida al mundo exterior y a otros seres vivos". Así como en su escrito "La Negación" nos muestra que la negación es un antecedente lógico de la represión (*Urverdrängung*), anotando que "Negar algo en el juicio quiere decir en el fondo, eso es algo que yo preferiría reprimir", por lo que supone que la afirmación corresponde al Eros y la negación en relación a lo expulsado.

Contextos que se enlazan con su manuscrito "El malestar en la cultura" (1930), anunciando que el prójimo no es digno de amor, por el contrario, es su enemigo, resultado de la hostilidad que tiene como origen la pulsión de muerte, anudada al Otro

primordial, al padre de la horda primitiva. El padre primordial, el Otro mítico es segregado por el clan de los hijos, constituyendo el núcleo de lo Real, expulsado (*Ausstossung*), antecedente lógico de la represión originaria (*Urverdrängung*). Finalmente, en su texto “¿Por qué la guerra?” (1933), a través de su diálogo con Einstein, Freud sostiene que una parte de la pulsión de muerte puede devenir hacia la destrucción en el mundo exterior, generando beneficios en aquél que la ejerce, afirmando que: “La pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es dirigida hacia afuera, hacia los objetos, con ayuda de órganos particulares. El ser vivo preserva su propia vida destruyendo la ajena” (pág. 194).

Brincando -por cuestiones de tiempo para esta presentación- Lacan en el L`insu anota que lo Real está suspendido al cuerpo pulsional, encontrando en la función hablante algo éxtimo que el lenguaje suple, la no relación sexual, a través del bla, bla, bla, “amuebla la no relación”. Para la clase 5, del 18 de enero del 1977, Lacan nos muestra la continuidad de lo Real sobre lo Imaginario encontrando su límite en el campo fértil de lo Simbólico a pesar de que en el replegamiento de lo Imaginario a lo Simbólico se encuentre algo extraño, eso viviente que no pasa por el trazo de lo Simbólico. También nos muestra que, si la cuerda de lo Imaginario se continúa en lo Real, veremos al ideal del yo terminar con lo Simbólico y no terminar en lo Simbólico, con lo que podemos suponer el atravesamiento de la escena por lo Real y la caída del sujeto del marco del fantasma en tanto un Simbólico eclipsado.

Lo anterior lo vemos articulado en el mismo seminario por Alain Didier en torno al *Pase*, el cual analiza a partir del texto de La carta robada de Allan Poe, trabajada previamente por Lacan en sus “Escritos”, para ubicar que la mirada del Otro posibilita el surgimiento de lo sustraído en la represión originaria. Didier nos muestra los movimientos del sujeto y el Otro en el análisis. Establece cuatro posiciones presentificadas por medio de dos personajes de “La carta robada”, Bozef (el sujeto) y

el Rey (el Otro), ambos encontrándose fuera del recorrido de la carta. En la primera posición el sujeto sabe algo que el Otro no sabe, el analizante sabe lo que el analista no sabe. En la segunda posición, el sujeto le trasmite al Otro por medio del mensajero que él no sabe (duplicidad). En la tercera posición el Otro sabe que el sujeto sabe algo con respecto a él; en este punto, le regresa al sujeto en forma invertida el mensaje (relación especular), por lo que el mensaje ahora partirá del Otro, del significante del Otro, él sabe que yo sé. En este tercer nivel el sujeto se ve confrontado con el Otro al cual ya no le puede ocultar nada, posición del sujeto en la que puede desvanecerse ante el significante de la demanda del Otro, en tanto este Otro no aparece barrado, S (A).

Podemos subrayar en la tercera posición dos situaciones, una que permite pasar a la cuarta posición resultado del enfrentamiento del sujeto con el Otro, punto en que el sujeto renuncia al mensajero, ya no siendo dos los que le dan el mensaje al Otro (duplicidad). En el momento en que el sujeto emite el mensaje sin ese doble, la duplicidad ha sido interiorizada dividiéndolo, costo a pagar para poder ser sostenido por la palabra. El sujeto del inconsciente resultado de la división será el garante de su decir, desde la enunciación sostendrá su enunciado. El mensaje transmitido en la mediación de palabra, es posible sólo y desde el Significante del Otro (también dividido). La barra que articula y desarticula entre el S2 y el significante de la falta en el Otro, establecen una comunión-división de la falta compartida (del no-ser), contraria a la afánisis donde el sujeto es excomulgado. El S(A/) al que accede el sujeto desde el Otro, es en la medida en que el sujeto está en posición de palabra sostenida, mostrándose el S2 desde lo Simbólico y no desde lo Real.

En la otra situación la falta de la barra en el Otro puede abrir dos vías, una en torno a la violencia social que muestra que cuando la palabra dimite, la violencia adviene, exponiendo un S2 encarnado en lo Real y la otra situación al delirio articulado al desvanecimiento del sujeto en la psicosis, mostrándonos para ambos casos la

dimisión de la palabra. En situaciones de violencia social, por ejemplo, en el segregacionismo el exterminio de lo étimo en el extranjero -del cual el genocidio nazi nos da claros ejemplos- muestra a la represión primordial (Urverdrangung) retornar en lo Real, desapareciendo al sujeto del inconsciente. La barra que separa el objeto a y el S2 eclipsa, haciendo aparecer el a y el S2 en lo Real, posición de desubjetivación absoluta. En este punto el sujeto se encuentra paralizado ante la mirada del S2 en lo Real, mirada monstruosa que corta la palabra.

Surge en la mirada del Otro lo que fue restado por la castración primordial en la duplicidad del sujeto y no en su división, mostrándonos que la cuerda de lo Imaginario se continúa en lo Real, ante un Simbólico colapsado. Al respecto Didier hace alusión a la mirada de la medusa, mirada petrificante, que en el Seminario 26, en la clase del 8 de mayo de 1979, señala en relación al Superyó “meduzante” que petrifica al sujeto por la mirada, mostrándonos un Superyó primero que se manifiesta en la psicosis, paralizando la diacronía del movimiento del lenguaje y exponiendo a la palabra sin el soporte de la enunciación, sólo un resto metonímico, que carece de mensaje metafórico.

Por último el mito de Moisés trabajado por Freud en su texto “Moisés y la religión monoteísta”, nos muestra que la dimensión simbólica hace que deseo y ley puedan conjugarse. Es el mito por el cual se articula el goce y el deseo, la ley y el goce. Es importante señalar que el título de este texto del alemán al castellano sería “El hombre Moisés y la religión monoteísta”, cuestión que hace una diferencia importante, en tanto Moisés era un hombre y no Dios, él no es la ley, el trasmite la ley que dios le da. Ya Lacan en el Seminario 10 señala que el shofar y la voz, no son análogos a la función fálica, el objeto voz remite al deseo primordial “deseo de la madre [que] gobierna la entrada en juego del crimen original”, siendo el shofar un instrumento con el que Moisés comunica al pueblo elegido la voz de Dios, la renovación del pacto de alianza, la ley como padre asesinado y su concomitante la culpa.

Freud señala que el pueblo judío se constituye a través de la sobreposición de dos dioses, Yahvé dios de la tribu madianita, reconocido como un dios severo, sanguinario y Adonaí, dios de la tribu hebrea que impone una vida en torno a la verdad y la justicia, este último al paso del tiempo se irá imponiendo sobre el primero. El monoteísmo judío prohíbe la representación de dios, es un dios único, abstracto, no se le puede ver, con lo que Freud señala que exige el renunciamiento a los instintos, podemos señalar renunciamiento al goce, advenimiento al deseo, por otro lado Moisés crea al pueblo judío otorgándole la ley por medio de la Tora, con lo que se autoriza un goce imposible a partir de ésta.

Freud nos muestra la dualidad entre Yahvé y Adonaí, entre el goce y el deseo, la cual Lacan avanza en el Seminario 22, cuando señala que debido a la represión primaria el Otro es imposible de decirse completamente, situación que nos lleva a la verdad que siempre es paradójica y en éste sentido Dios contiene los efectos del lenguaje, “es la represión en persona” lo imposible de la relación sexual, el agujero.

Para ir finalizando estos acercamientos a las versiones del padre, Lacan en el Seminario 23 habla de la perversión que es homófona de *pere-version*, versión del padre, que sanciona el hecho de que Freud sostenga todo en la función del padre, por lo que orientarnos por el nudo borromeo es contemplar las tres dimensiones, padre Real (lo Real del goce), Simbólico (lo Simbólico de la ley) e Imaginario (lo Imaginario del amor) así como sus entrecruces y agujeramientos. En estas versiones del padre podemos seguir sosteniendo la dualidad entre Yahvé (superyó meduzante) y Adonaí (instaurador del deseo), así como la ley establecida por Moisés, comprendiendo que el padre bien orientado, es un padre castrado, que al buscar su goce en una mujer es marca de un imposible, de que no hay relación sexual, de que él no tiene todo el goce.

